

VOLTAIRE Y LOS PAVOS REALES

BLANCA ANDREU

«lo que el zorro con cara de Voltaire esconde entre sus libros, que son piedras».—Francisco Umbral.

CUANDO mayo llega con sus lunas juntas, con sus lunas viriles que se tiran sobre la hierba bruscamente a descansar y a morder manzanilla, a beber la cintura de las malignas adolescentes, cuando mayo llega con su calavera de duque, los niños se aceleran, se subdividen, se multiplican extrañamente al amanecer, y ya no se despierta únicamente Hugo, sino mil Hugos con aire de fauno, nariz de ciervo, ni Andrea con su delgado nombre, sino miles de Andreas, ni siquiera Marta es sólo Marta, sino multitud de serias Martas que buscan sitio para correr, sintiendo en los insectos de las venas el turbio olor a savia desbridadada. La savia es un caballo deshojado, la savia es un caballo que reposa en invierno, arcángel de crin quieta. Pero ahora las abejas pequeñas de las corvas y de las leves articulaciones se pierden en el rumor y el lenguaje del polen, en sus cascos mojados, en la cabalgadura del mismo y de la menta y del tilo que relincha y muge.

Mirad a Andrea levantándose al amanecer, agrupando a los seres temblorosos que preforman su deseo de ser una sola entre los animales y las hierbas del mundo, viendo cómo se equivoca en ella la deslumbrante sangre del roble y la lava que nutre los castaños grandes, rojos como planetas de río.

Todas las cigarras y las polillas están latiendo, todos los mosquitos de la humedad y los grillos de cementerio pulsan en el blanquísimo interior de las arterias, empujándose, encendidos por el anillo de mayo, buscando el camino de las manos del niño, de los pies del niño, del tallo y el estambre del niño, en los tobillos, en su nuca de gato, porque es allí donde reside su fuerza, su débil poder.

Cuando mayo lanza su gemido de zarza, su fibra nueva, su amarga luz de anillo de ramas y pervincas, niños multiplicados amanecen y se calzan sandalias nerviosas. Las almohadas se vuelven verdas, en la sábana florecen algas y hojas y quemaduras bordadas hace mucho, camas multiengredadoras se afiebran y tañen los demasiados cuerpos del niño, las demasiadas rodillas llenas de heridas deseables, nítidas como condecoraciones, medallas del heroísmo más desconocido y más inútil, más puro, mientras Andrea, Marta, Hugo miran sus íntimos números móviles, las cifras sin fondo de la infancia, y cuentan sus enormes cantidades de manos. También las matemáticas maduran.

Y ahora Hugo, Andrea, Marta, y otra vez Hugo, y

otra vez Marta, y Andrea de nuevo, se levantan y corren casi al amanecer, con la lengua iluminada de leche y ateridos de falso frío, hasta llegar a la red que también se despierta junto al bebedero, arquitectura de nada, taberna de hilo donde la madrugada bebe pájaros enredados, fuentes que encallan. Un pájaro varado con locura de pez, con la locura de las raíces que se equivocan de lunación, recolección de frutos locos que el viento acumula, arrendajos en ramos muertos, vendimia del vuelo fijo. Y así Marta, Andrea, Hugo miran lo detenido, lo innatural, el agudo dolor del embarcadero celeste, la red florecida de acentores parduzcos con grandes ojos que crecen y pico esbelto de violín, o bien los distinguidos petirrojos tan franceses, las currucas grises como flores grises, el mirlo avisador, imposible de anillar y de pesar en el ¿dinamómetro?

La multitud de manos sin dueño que quieren ser Andrea, Hugo, Marta, recoge los pájaros del año, los afilados de comisuras amarillas, los que aún guardan vestigios de minoría de edad, de cuando era abril con forma de padre el que picoteaba las semillas bajo el mármol medio de la lluvia. Luego hay que volver a casa y medir con exactitud la cola escarchada y las alas resueltas en esquema de remo, averiguar las plumas nuevas, anotar huellas y signos. Ejército de notarios de las vidrieras del cielo y su pleamar quebrada, de sus curvas y de sus bodas, de sus vientos novicios, mientras mayo rompe su termómetro de las doce y media, mientras traza una columna de mercurio tibio que asciende hasta el sol. Los niños trepan entonces a todos los árboles y las estatuas que el calor fermenta, y Andrea con su faldita de mandolina trepa más alto que nadie sobre el vértigo de la piedra y el verde jónico del termómetro o el tilo.

—Yo subo más alto que nadie. Estoy arriba del tilo más alto del mundo y, si me araña, no me importa nada, y si me caigo tampoco.

Porque Andrea encuentra en el aire convicción de salud, metales leves que curan y corolas raras de medicinas de altura, y así mira al techo que no hay, se emborracha de estatura que no tiene bajo la ciencia clínica del cielo.

—Tengo miedo de subir a la segunda rama. Parece quebradiza. A mí me gusta estar cerca del suelo.

Y Marta sube hasta donde su miedo desea. Su miedo es su padre y su madre y la escalera hacia ningún sitio que nace en ella y muere. Su miedo es cálido y seguro, su miedo es un lagarto al que ella mima, una almohada sobre la que duerme, un reconocimiento. Y su miedo son también sus pier-

nas que sólo tienen la curiosidad de las ramas más bajas, odio de capiteles o cabezas de árboles ciclopes, odio de catedrales, de cigüeñas.

-Yo busco un nido de chorlitejos. A veces vuelan desde aquí.

Y Hugo no gesticula, abre sus ojos de faunito ornitólogo o de gato tímido y sube y baja sin importarle nada.

Alcohol del equilibrio, vino de tan dormida luz, licor de tan estancada madera de alegría en la intoxicación del ascenso, de la bajada. Hay administraciones vegetales y ritos, ordenaciones, mientras los mil niños trepan y se derraman o se llenan como jarras silvestres de líquido que oscila.

-Mi padre desayuna pan blanco y leche violeta

vienen con colonias madrugadoras, con colonias muy duras y rumor tipográfico.

En el jardín, árboles circuncidados por la tijera del invierno ahora golpean sus proas, levantan sus biombos, se conceden paisajes japoneses, verifican blandos venenos, verdes bálsamos y alas geográficas verdes. Árboles inmaduros y prohibidos mecen una oscurísima gracia, un anterior secreto nupcial.

En el jardín, el pavo real y la pava real que un abuelo lejano regaló charlan de nada, se apresuran con aire de ir a perder el transiberiano, con aire de enfermos que andan por los trenes, aburriendo.

-El pavo real tiene obsesión por ser cosmopolita.

-El pavo real y la pava Clota tienen cara de avaricia.

-El pavo Persis y la pava Clota no piensan nada, son bobos, no saben ni volar bien.

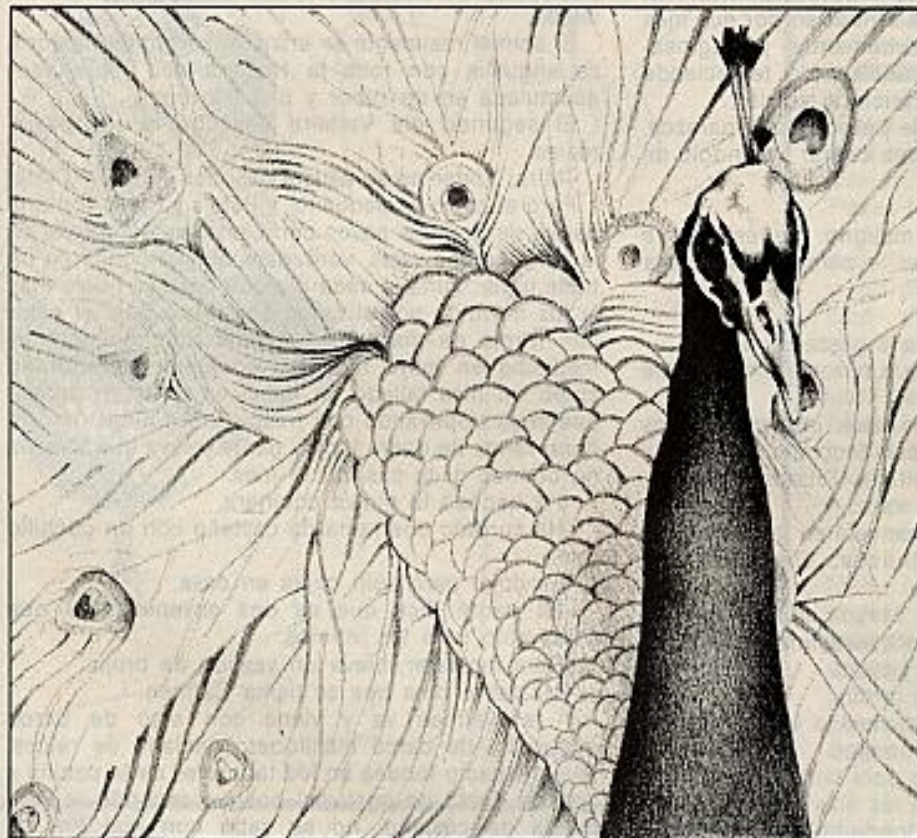
Mayo cerrado, mayo amordazado, mayo borroso se pavimenta y se petrifica en la voz oscura de Marta, que se olvida de los pavos y juega con su navaja nueva.

-«Meu amigo é, meu amigo é».

Lejos del solfeo hermético su voz de yedra oscurecida y niña, sus dedos morenos que se acostumbran al peso nuevo de la navaja siguiendo un ritmo medieval, un tono de cantiga, mientras llega la hora de comer, mientras se abandonan las substancias que ardían y lo escrito con las puntas doradas de los dedos al filo del calor,

-«Meu amigo é, meu amigo é».

mientras Hugo y Andrea, y otra vez Hugo y Andrea nuevamente se desentendían de Marta y suben hacia la solana, a sufrir lo más



con una sola clase de mermelada.

-Mi padre sube con sus cojines de paja al ciprés que está al fondo del jardín.

-Mi padre sube con sus periódicos y sus cojines escarlata.

-Y se sube al ciprés, que es un abeto, a leer las noticias.

-Mi padre sólo lee la política con sus cojines de paja sobre una rama.

-La política es una cosa que hay en los periódicos, una cosa sin fotos ni nada que recortar, y está muy mal. Mi padre dice que está muy mal.

-La política es un pecado o algo así, pero da igual, porque mi padre se sube al abeto por las mañanas con sus periódicos, oliendo a colonia, y nadie sabe dónde está.

-Sin embargo, mi padre sólo existe en el suelo, por eso yo me quedo en la rama más baja del tilo.

La rama más baja del tilo, cerca de las llaves y los animales pequeños, mientras adultos van y

rápido posible el martirio de la sopa,

-«O cabaleiro da pruma na gorra»

sobre taburetes demasiado altos, demasiado bajos. Algas de antaño en la voz, líquenes de otro tiempo, los pólipos silábicos y las plantas mordidas de un mar viejo que es nada se enredan en el aire como si ya fuera el atardecer, cuando es obligatorio ponerse triste,

-«O cabaleiro do verde tabardo, meu amigo é» cuando es lo conveniente, y no ahora, a mediodía.

-«Ogalá que na guerra non morra, meu amigo é»

Y menos en la orilla de la siesta, profunda mano sobre la frente, fría mano de sombra que no saluda, en los alrededores de la fraga, bajo los robles cálidos que absorben las pisadas del calor, el enorme sufrimiento del calor. Una mano sobre la frente, una mano sin naranjas, una mano sin anillos blancos, una mano en inteligente vigilia de agua que abate el nombre calcinado del mediodía.

VOLTAIRE Y LOS PAVOS REALES

Y Hugo, Andrea, Marta duermen sin saber que, entretanto, por corredores, por caminos hundidos, una fiera pequeña y ocre, un cachorro con anatomía de hoja aguda, se va acercando. Vendrá tembloroso como un diminuto fuego en los brazos del cazador, vendrá trémulo y preservándose del miedo con sus párpados rubios.

—Nada, que hemos cazado a la madre y traemos al cachorro para que usted nos dé lo que sea costumbre.

La mujer duda, mira los delicados párpados cerrados, el lomo rojo, la garganta débil del animal. Y el instinto se le asombra, titubea indeciso por sus más lejanos nervios de mujer sentimental, prodigiosamente se le amplía, le murmura al oído, le asciende por los dedos hasta que acaricia al zorrillo.

—Pobre. Usted nos lo vende por lo que le parezca, por lo que usted crea que iba a cobrar llevándolo de pazo en pazo.

—Pero si es una alimaña.

Y el cazador de cuero maligno, de espuela e ignorada violencia se resiste, le parece una aberración.

—Pero si es una alimaña.

—Pobre. A los niños les va a gustar tanto.

Y ya hay un zorro en casa. Un zorro diminuto de después de la siesta.

—Hay que ponerle un nombre inteligente. Los zorros son muy listos, lo saben todo del bosque.

—Voltaire. Se parece a Voltaire. Dice la mujer.

—Volter. Qué nombre más raro.

—Era un filósofo francés que está en la biblioteca.

—A mí me gusta más Enrique. Enrique es un nombre que está bien.

Pero ya es Voltaire, Volter. Mirada aguda, aterrizado filo castaño que intenta acostumbrarse a la penumbra.

—Habrà que ponerlo en el jardín.

—Habrà que ponerle una cadena o una cuerda.

—Yo quiero que duerma conmigo.

Suplicios de mayo el malo para tanta vida que no entiende, mes carcelero con las alas mayores en el jardín confuso, en el jardín donde la luna muerde la manzanilla y la menta, donde la luna se acuesta en el boj y el laurel como un emperador amarillo y romano. Aunque los zorros no aúllan a la luna en llamas. Los zorros rojos lo que en verdad quisieran es comerse la luna como a una gallina tonta. Los zorros rojos pequeñitos bostezan y luego duermen el mal sueño del jardín cerrado, el mal sueño de la luna libre por el jardín, porque los zorros rojos no saben que el jardín guarda aún presas más cercanas, diurnas y adornadas con cien ojos congelados, cien ojos de cien egipcios muertos urdiéndose en la cola. Persis y Clota, el pavo real que se detiene en escenarios muy franceses y la pava real tonta como la luna cuando es gallina tonta en los sueños de Voltaire.

En los muros, en los posos de la piedra, el zorro rojo sólo siente una ausencia de madre, olor de calor y alimento y mordisco delicadamente educador, sólo nota una sustitución de suavísimo pelo por dureza de perverso hueso agrietado y gris, alma de la piedra, alimento de nada y calor de nada. Por eso, en las madrugadas del alto mayo, Hugo,

Andrea, Marta, bajan con la leche en un viejo plato azul a suplir lo infinitamente cálido, lo nunca amenazador. Zorro rojo Voltaire es, al amanecer, inquieto, agradecido y huidizo.

El primer día, el cachorro descubre la atadura y se desespera, se nubla, se esconde en la madriguera falsa, llora sobre las fuerzas incomprensibles y las leyes desconocidas y los helechos secos. Muerde la amarra y se daña la lengua. Hugo, que sabe de zorros, que sabe de todos los animales del mundo, le acerca insectos quebradizos para que juegue.

—No toqués a Volter. Si lo tocáis se va a erizar de miedo.

El animal realmente se eriza, el zorrillo sin historia se angustia con toda la Historia del Depredador acumulada en un rubor y una ira roja.

El segundo día Voltaire descubre a los pavos reales.

—Mira, Volter no se asusta casi con Persis y Clota.

Pero el zorro es pequeño, y Persis y Clota son una pareja de grandes pavos con cien ojos de botella en la cola, botella vacía, verdadera botella oculta en un triste lugar, aunque cada día que pasa se huele más la luz mordida por el zorro que crece bajo el calor con forma de manzana o cristal roto. Siempre es mediodía en mayo maligno, en junio sobredorado como un mes tallado en Italia, en julio, en agosto que llega tropezando con fresquísima lunas de otra hora, ranas de ópera loca y gente nueva que todavía no conoce ni la casa ni el mes.

—Ha llegado la nueva cocinera.

—Ha cortado una rama de castaño con un cuchillo rojo.

—Es coja, pero sólo cojea en casa.

—Mi padre dice que es una envenenadora que cojea sólo para los íntimos.

—Para molestar. Lleva un vestido de bruja.

—Mi padre dice que se llama Carmen.

Y la Carmen va y viene con algo de barco quebrado, de barco mejillonero anclado de raíces, muy despacio fondea en los taburetes de la cocina y con un gesto de ogro del bosque esconde la vara pulida de castaño, no se sabe con qué fin. La Carmen se sienta todas las tardes en la solana y lee con dificultad papeles de pleito, recortadas hojas judiciales, cosas así.

El mundo ondula entonces, para Hugo, Andrea y Marta, entre el zorro Voltaire y los pájaros, que son lo vivo aterido, lo igual, entre los pavos Persis y Clota, que son la indiferencia indirecta, y la Carmen que es lo lamentable tomando posesión frenética del tilo, del palomar vacío con huellas de aquelarre y quemadura, del jardín donde el calor es un arco sin clave, una música blanca disfrazada de verde, de verde funeral y sin dovelas, piedra de agosto que salpica sueño parado y tinta. Agosto es territorio violado, y dictados difíciles, teoremas que huelen ligeramente a escarlatina, a enfermedades contagiosas. La savia en agosto se olvida a sí misma y decae por distancias entrelazadas, por venas que han perdido el equilibrio. La savia es un caballo de astronomías inversas, la savia es un caballo que subsangra en agosto, arcángel de crin muerta. Andrea bostezaba. Hugo quiere escaparse y hace hatillos enanos con pañuelos muy grandes. Marta



lee el solfeo y se quiere olvidar de que se aburre.

—Dice la Carmen que la carne de pava real es la más rica.

—Quiere comerse a Clota.

—Y lo dice mientras cojea.

—Mi padre dice que sólo cojea para los íntimos.

—Sólo cojea cuando tiene hambre.

—Hambre de pava real.

—Hambre de Clota.

Y los niños se duermen en la siesta perfecta del verano, aburridos de nada, bajo el tilo o más lejos, fuera de la casa y de su enorme sombra de oso de rey, sobre la rama de un castaño que toma aire de desván natural, leche en estado puro. Las cuatro de la tarde, la hora que cae como un pisapapeles de cristal, como una bola sin paisaje sobre el sueño infantil, sobre los niños que se despiertan inéditos, renovados sobre el torreón escrito por insectos, texto de siesta, sobre la rama que fulgura rodeada de abejas y de tábanos de oro malo. Ahora hay que hacer muchas cosas, poner anillos a los pájaros despistados, vuelo debelado del mirlo y la curruca, o hay que llevar carne sin cortar al joven Voltaire que no medita, que cada día olvida los rostros de los niños, que no es un animal de fábula sino un animal que llora bosques y sigilos perdidos.

Hugo, Andrea, Marta corren hacia la madriguera que han construido con ladrillos usados, que han ido pintando de un amarillo antiguo. Corren en multitud. Corren subdivididos, multiplicados, como corren los niños por los imprecisos caminos del verano, por el turbio olor del verano, por sus ásperas atalayas. Pero el zorro no está.

—Volter se ha ido. Se ha escapado.

—Lo habrá soltado la Carmen. Decía que oía a cuero viejo.

Y el jardín se puebla de pronto con mil zorros escondidos, mil niños y mil zorros que se buscan y se huyen. Con mil deseos de zorro ido y oculto y una desolación.

—La Carmen dice que ella no sabe nada.

Y recorren los caminos del boj y del laurel real, las rutas enloquecidas de los rosales que braman, los subterráneos del ciprés, que es un abeto, las bodegas olorosas del tilo. Vigilan las gargantas del jardín, escuchan su voz embriagada de musgo muy mojado, de helechos espirituales, altos, de hierba clara. Vigilan mientras anochece,

así, angustiados.

—Mi padre tiene una linterna.

Y la linterna va y viene de la mano del niño como un animal de dócil luz en la ceguera de la noche, un dulce animal que se detiene de golpe junto a la tapia más lejana.

—Aquí hay huesos muy raros.

—Son los huesos de Clota.

—Ha sido la Carmen.

—Y hay restos de hoguera.

—Ha sido Volter.

El pavo Persis mira impasible y virgen el esqueleto de su amada. El pavo Persis ha vivido siempre en su soledad de tocadores sin sangre, de consolas y hoteles con espejos neutros. Pero Voltaire se ha ido dejando un rastro de fósforo y de cal de garza, de cartilagos desordenados y huesos tibios y de ceniza absurda que nada importa.

—La Carmen dice que ella no sabe nada.

Voltaire, acaso, Voltaire zorro rojo, Voltaire ido y devorador. Pero hay restos de hoguera.

—La Carmen dice que ella no sabe nada.

Y la noche se cierne como un aguilucho melánico, anulando plata, declarando velocidades absolutas, agilidad inasible. La noche de agosto desgarrá crispada el pecho de estatua del jardín, pecho de sonata y pombas, desgarrá sus vestidos de niña, su aire habitado. Ya sólo queda en el mundo una cena con lágrimas mientras agosto separa lunas, levanta lunas que lloran a gritos, que respiran violentamente y se enredan en las cornisas con aire de guerreros, de conspiradores, de ausentes. ■ B.A. (Ilustraciones de FUENCISLA DEL AMO.)